

Serguéi Alexéiev

TRES CUENTOS



Biblioteca
OMEGALFA
2019

Tres cuentos
Serguéi Alexéiev

DANKE SHÖN
AGRADABLE SORPRESA
EL MANDÓN

Los textos proceden del libro *Cuentos de la Historia de Rusia*. Moscú: Editorial Ráduga, 1976.
Fuente: blogspot "[La Cheka](#)".



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2019
Ω

DANKE SHÖN

Serguéi Alexéiev

EN UNA CALLE berlinesa se detuvo una cocina de campaña. Acababan de terminar los combates en los alrededores y hasta las piedras conservaban aún el calor de las explosiones. Los soldados se aproximaron a comer. El rancho era sabroso después del combate y los hombres comían con apetito.

El sargento Yúrchenko cocinaba, el cocinero, andaba muy atareado. Los soldados elogiaban la comida y Yúrchenko se sentía en la gloria.

- ¿Quién quiere más?

- Échame otro poco -le pidió el cabo Ziuzin.

Así lo hizo Yúrchenko y volvió a su ajetreo en la cocina. De pronto, le pareció que alguien lo estaba mirando. Se volvió y, efectivamente, comprobó que en la puerta de un edificio cercano había un pequeñito que miraba ansiosamente a la cocina y a Ziuzin.

Comprendiendo que el niño estaba hambriento, el sargento lo llamó.

- A ver, ven aquí.

El niño se aproximó a la cocina de campaña.

- ¡Vaya, no tiene nada de tímido! -exclamó el cabo Ziuzin. Yúrchenko llenó de comida una escudilla y se la dio.

- Danke schön (Gracias) -pronunció el niño. Tomó la escudilla y corrió hacia la puerta.

Alguien le gritó:

- No te vayas a tragar la escudilla. ¡Acuérdate de devolverla!

- Se ve que está hambriento -dijo el cabo Ziuzin.

Pasaron diez minutos y el chico volvió, con la escudilla y un plato. Devolvió la primera y se quedó mirando desolado el plato.

- ¿Quieres más?

- Bitte, für Schwester -respondió.

- Está pidiendo para su hermanita -explicó alguien.

- Pues bien, llévale a tu hermanita -sonrió Yúrchenko. El cocinero llenó de comida el plato.

-Danke schön -le dijo el niño y otra vez desapareció por la puerta del edificio cercano.

Pasaron otros diez minutos y regresó con el mismo plato:

- Bitte, für Mutter (Por favor para mamá). Los soldados se echaron a reír:

- ¡Vaya qué chico tan listo!

También le dieron comida para su madre.

Ese niño fue el primero. Pronto, todo un grupo de pequeños rodeaba la cocina de campaña. Se detuvieron a unos cuantos pasos, mirando las escudillas, la cocina, la comida.

Los soldados seguían comiendo, pero, bajo las ansiosas miradas de los niños, la comida les parecía amarga.

Se miraron entre sí. Ziuzin contempló a Yúrchenko. Este, a Ziuzin.

- ¡Acérquense! -les gritó Yúrchenko.

Eso no más esperaban los niños para salir corriendo

hacia la cocina.

- ¡No se amontonen! ¡No se amontonen! -ordenó Ziuzin y les dio escudillas, formándolos en fila. Al recibir la comida, cada niño cedía:

- Danke schön!

Se veía que estaban hambrientos, pues comían con ansias.

De pronto, sobre aquel lugar rugió un avión. Los soldados miraron hacia arriba y comprobaron que era un avión nazi.

-¡Corran! ¡Váyanse a casa! -gritó el cabo Ziuzin, apartando de la cocina a los niños.

Pero éstos no le hicieron caso, pues les daba lástima dejar la comida.

- ¡Largo de aquí! -volvió a gritar el cabo.

El avión se lanzó en picada, se desprendió una bomba.

Los niños corrieron en distintas direcciones. Pero Ziuzin no corrió, se quedó solo cerca de la cocina. La bomba estalló. La cocina y el cabo desaparecieron. Sólo quedó la comida, que, como si estuviera viva, se deslizó entre las piedras, por la calle silenciosa.



AGRADABLE SORPRESA

Serguéi Alexéiev



RTEMI TEPLOV, obrero de Tula, escribió una carta a su aldea natal. Le resultó bastante breve. Apenas seis palabras: "Esperen visitas con una agradable sorpresa".

Los campesinos se rascaron la cabeza, se encogieron de hombros, sin saber qué pensar.

- Esto es incomprensible. No está claro quién vendrá ni para qué. ¿Cuál será esa agradable sorpresa?

Pasaron unos diez días. De pronto, llegó de Tula una delegación obrera. Claro, no venía con las manos vacías. Traía hoces, guadañas, horquillas y ejes de hierro para carretones, bisagras, clavos y muchas otras menudencias metálicas.

Los aldeanos se quedaron asombrados.

- ¡Esta sí que es una sorpresa! -exclamaron.

Porque en aquella época las hoces, guadañas, y otros artículos y herramientas de hierro eran muy escasos en el campo y los labradores tenían que ingeniárselas de mil maneras para ir tirando.

A los aldeanos se les iluminaron los ojos.

- ¿Las van a vender?

- No -respondieron los obreros.

- ¿Quiere haber un trueque?

- Tampoco.

Los campesinos los miraron sin comprender.

-Las hemos traído de regalo -explicaron los recién llegados-. De parte nuestra, de la clase obrera.

El asombro de los aldeanos no tuvo límites.

- ¿Gratis?

- Sí, ¡de todo corazón! ¡Reciban este regalo de los obreros! Ante tamaña riqueza, los campesinos creyeron vivir un sueño.

Después de apresurados preparativos, invitaron a los delegados a una casa y los sentaron en la mesa.

Los obreros comieron.

- Gracias -se despidieron después-. Hasta luego. Ya es hora de que volvamos a la fábrica.

Hicieron una reverencia y partieron.

- Vaya cosas que están pasando -los aldeanos no salían de su asombro-.

¡Herramientas gratuitas! Sólo porque se les antojó hacernos un regalo. ¡Vaya milagro!

Pronto vino a la aldea el propio Artemi Teplov.

- ¿Qué tal las guadañas y las hoces? ¿Se llevaron o no una agradable sorpresa?

-¿Y lo preguntas? -respondieron con entusiasmo sus paisanos-. Pero, para nosotros, la sorpresa más agradable ha sido saber que la clase obrera es nuestra hermana de sangre.



EL MANDÓN

Serguéi Alexéiev



APIE, desde la provincia de Kostromá, llegó a Petrogrado un grupo de campesinos que venían a visitar al camarada Lenin. En raídos abrigo, alpargatas, gorros con orejas y morrales al hombro, se dirigieron al Smolny.

Por esos días, allí había muchísima gente: obreros, campesinos, soldados del Ejército Rojo, marinos. Debido al sordo murmullo de voces, el edificio tenía cierto parecido con una colmena.

Los campesinos de Kostromá avanzaron mirando hacia todos lados, buscando a Vladímir Ilich Lenin.

Casualmente y sin sospecharlo siquiera, se encontraron con él y lo abordaron:

- Oiga, amigo, díganos dónde está el mandón.
- ¿Quién dicen? -les preguntó Lenin, extrañado.
- Pues, el mandón -le repitieron los campesinos-. El que manda ahora en Rusia.
- ¡Ah, ya! El mandón -sonrió Lenin y miró a su alrededor-. Pues, ahí está -les dijo y señaló hacia un sitio indefinido a espaldas de los campesinos, volvió a sonreír con picardía y siguió su camino.

Los campesinos se volvieron y en el corredor vieron a un grupo de obreros. Un poco más allá, unos soldados discutían animadamente de algo. Un marino del Aurora fumaba plácidamente. Al fondo, esperaba otro grupo de campesinos, también en alpargatas y gorro con orejas. Llevaban morrales al hombro y, a todas luces, también habían llegado a pie.

Los de Kostromá miraron desorientados a los obreros, a los soldados, al marino y a los otros campesinos.

- Aquí no puede estar el mandón -decidieron, extrañados-. Seguramente, el hombre de la barbita se ha equivocado.

- ¿A quién buscan, abuelos? -oyeron de pronto una voz y vieron que un joven obrero se les acercaba-. Seguramente, es la primera vez que vienen por aquí.

- Claro que sí. Quisiéramos ver a Lenin, buen hombre.

- ¿A Lenin?

- A él mismo. A Vladímir Ilich.

El joven los miró con desconfianza.

- ¡Pero si él acaba de hablar con ustedes!

Los campesinos le refirieron su conversación con Vladímir Ilich. El obrero se echó a reír.

- ¿Entonces, ustedes le preguntaron por el mandón de Rusia? Pues el compañero Lenin les ha dicho la verdad. Bueno, si quieren ver a Vladímir Ilich, deben subir al tercer piso.

Los campesinos tomaron sus morrales.

- Vaya con la cosa -dijo uno-. Aquí hay algo que no entiendo.

- Sí, hay algo raro -concedió otro.

Se quedaron mirando al tercero, al mayor de todos. Pero éste estaba sumido en profundas reflexiones, arrugado el entrecejo.

- ¿Cómo entender eso, Afanasi Danílovich? -lo interpe-laron los campesinos.

- ¿Cómo? Pues, como nos lo ha dicho -dijo el viejo y una sonrisa iluminó su rostro.

Subieron al tercer piso y se aproximaron al gabinete de

Lenin.

- ¿A quién buscan? -les preguntó el secretario a la entrada.

- Al compañero Lenin.

- ¿Cómo anunciarlos?

El viejo miró a los suyos, carraspeó para mayor solemnidad, se limpió los bigotes con la mano y dijo:

- Dile que ha llegado el mandón. El que ahora manda en Rusia.

